

casa **de las américas**

AÑO XXXIV, NÚMERO 192

JULIO-SEPTIEMBRE 1993

Órgano de la
Casa de las Américas

FUNDADORA:

Haydee Santamaría

DIRECTOR:

Roberto Fernández Retamar

JEFE DE REDACCIÓN:

Luis Toledo Sande

REDACTORA:

Cristina Baeza

CONSEJO DE REDACCIÓN:

Luisa Campuzano
Eduardo Heras León
Raúl Hernández Novás (t)
Marcia Leiseca

DISEÑADOR:

Umberto Peña

COMPOSICIÓN TIPOGRÁFICA:

Roxana Monduy
Mercedes Casañas
Jorge Chinique

REALIZADOR:

Ricardo Villares

VENTA Y SUSCRIPCIÓN:

Ver datos en el cupón impreso al final
de este número.

ÁNGEL RAMA, PRESENCIA QUE NO ACABA

- | | |
|----|---|
| 3 | MARIO BENEDETTI
<i>Ángel Rama, un renovador cultural</i> |
| 5 | GUILLERMO MARIACA ITURRI
<i>El canon de la modernidad: Ángel Rama</i> |
| 14 | ANTONIO CÁNDIDO
<i>Lucidez latinoamericana</i> |
| 16 | ANA PIZARRO
<i>Un destino intelectual</i> |
| 27 | JOSÉ RAMÓN MEDINA
<i>Ángel Rama, realidad y paradoja</i> |
| 30 | JORGE RUFFINELLI
<i>Ángel Rama, Marcha, y la crítica literaria latinoamericana de los años 60</i> |
| 38 | ANTONIO CORNEJO-POLAR
<i>Ángel Rama, una memoria que no acaba</i> |
| 40 | IVAN A. SCHULMAN
<i>Recordando al "Caballero de la Pluma Blanca"</i> |
| 42 | RAÚL BUENO
<i>Las ciudades de Ángel Rama: en torno a un modelo de la civilización latinoamericana de los años 60</i> |
| 46 | HUGO ACHUGAR
<i>Apuntes para un homenaje a Ángel Rama</i> |
| 48 | ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR
<i>Ángel Rama y la Casa de las Américas</i> |

LETRAS

- | | |
|-----|--|
| 64 | ERNESTO CARDENAL
<i>El telescopio en la noche oscura</i> |
| 79 | LISANDRO OTERO
<i>Los años de París</i> |
| 94 | RAÚL GARCÍA DOBAÑO
<i>Don Quijote en busca de pasada</i> |
| 101 | LUZ YAZMÍN MARTÍNEZ ÁVILA
<i>Dejar al mundo...; Y sin embargo nos airevemos a mirarnos...; Moriría debajo de la ciudad...</i> |

HACIA EL 98

- | | |
|-----|---|
| 103 | LEOPOLDO ZEA
<i>Naturaleza y cultura</i> |
|-----|---|

NOTAS

- | | |
|-----|---|
| 107 | FINA GARCÍA MARRUZ
<i>"Inútiles serían las estrellas"</i> |
| 111 | JORGE LUIS ARCOS
<i>Raúl Hernández Novás: "Roto el velo del amnios..."</i> |
| 116 | ROGELIO RODRÍGUEZ CORONEL
<i>De donde es Severo Sarduy</i> |

Un destino intelectual*

Ana Pizarro

Tal vez en pocos casos una vida y un destino intelectual tengan tanta coherencia como la han tenido en Ángel Rama. [...]

¿Cómo se constituye un pensamiento? ¿Cómo se va forjando un destino intelectual? ¿Cómo se diseñan los elementos de su propuesta? [...]

En el caso de Ángel Rama se trata de un tiempo asumido en plenitud. Pareciera aún poco explícito expresarlo así y necesitaríamos agregar: asumido vorazmente, con urgencia. Así podemos observar que su obra es una reflexión sobre ese tiempo, el tiempo latinoamericano, con sus dimensiones de memoria y proyecto, y es al mismo tiempo una reflexión sobre la forma de asumirlo.

Esta relación de un intelectual y la historia, que constituirá uno de los hitos de su reflexión, enmarcada en las preocupaciones que nacen en los años 60 y a la que intentará dar respuesta metodológica permanente, da también lugar a pequeños párrafos que él apunta sobre sí mismo, de paso, soslayada y escasamente en alguna introducción a sus textos, cuando ya ha alcanzado la

- Fragmentos de un estudio mayor, que aparecerá como prólogo de la antología *Ángel Rama: La lección intelectual latinoamericana*, de publicación inminente en Alicante, España, por la Fundación Gil Albert.

madurez y accede a recogerlos en volumen, en algún artículo en donde necesita ejercer la memoria:

Pero igual que con el tiempo histórico, con el país en que se nace, con la familia a que se pertenece, con la sociedad dentro de la cual se crece, se trata de coordenadas precisas que, aun negadas, no dejan de explicar los componentes fundamentales de una vida y una tarea intelectual. En mi caso fueron queridas, aceptadas. Quizás, esas coordenadas no alcancen a explicar el porqué de un afán de la belleza cifrada en las palabras y algo debería ser dejado a la cuota biográfica e intransferible, no discernible sobre un campo electivo de fuerzas formativas. Pero aun así, ese afán huscó situarse en el social vasto, en los movimientos de los grupos sociales, en las lecciones de las circunstancias, necesitado de los pies en la tierra que reclamó Marx.

Rama es hijo de Uruguay, un país que en el conjunto del Continente se distinguió por una vocación democrática y participativa, en buena parte herencia del batllismo, que obtuvo en la primera mitad del siglo grandes conquistas sociales y un carácter dulce de "paisito", como lo califican con cariño sus habitantes, hasta la década de los setenta en que el Cono sur se vio asolado por las dramáticas dictaduras militares: él es su producto y se reconoce como tal. Producto, por una parte, de una familia perteneciente a los sectores inmigrantes que constituyen la gran parte de la población en la zona del Río de la Plata, y producto también de la sólida formación de los equipos intelectuales que en el presente siglo han distinguido a ese país. A un grupo de ellos él calificaría más adelante de generación crítica. Buena parte de estos intelectuales debieron salir al exilio y han contribuido desde distintos puntos de la América Latina, los Estados Unidos y Europa a la cultura de la lengua, entregando así su aporte a la continuidad de la cultura continental en diferentes ámbitos. Es que el pueblo uruguayo y la expresión de sus intelectuales aparecen, en el abanico de nuestros países latinoamericanos, como el pueblo laborioso, de importantes índices educativos, de en-

vidiable estabilidad institucional, pueblo tesonero, para emplear un término de Rama, surgido de la vivencia de esta sociedad, empecinado en la construcción de su país, su cultura, su identidad entre los dos gigantes que lo enmarcan, la Argentina y el Brasil. Él, que debió vivir fuera del país buena parte de su existencia, por lo menos más de diez años desde 1972, fecha en que ya no pudo volver, apuntará en ocasiones a esta relación, anotando con ternura y reconocimiento, pero con su proverbial lucidez:

El Uruguay me hizo, yo soy su producto, para bien y para mal; yo soy hijo de su historia y de su probada vocación de libertad y de justicia, yo he sido modelado por su inteligente educación y he sido impregnado de su sentimiento democrático de igualdad, he sido formado en el trabajo y en la exigencia con la convicción de servir a una comunidad altiva y laboriosa, he creído en su aspiración a un estado de derecho, y por ser fiel a este mandato que atraviesa su historia he tratado de ampliar el reino de la justicia, del mutuo y mejor conocimiento, de la felicidad común, con los recursos a mi alcance.

Esta laboriosidad uruguaya así como su pertenencia a una familia popular de inmigrantes españoles es su origen: el universo de la inmigración con el enorme desafío de la sobrevivencia, con su cuota de disciplina y dureza para enfrentar la memoria y el presente. Un origen ubicado en esta sociedad aluvional "que había cifrado en la democracia sus esperanzas, su felicidad y su realización", la que describiera con toda su sabiduría José Luis Romero en ese clásico que es *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, uno de los textos fundamentales en el estímulo de la reflexión de Rama y que conducirá a su último ensayo sobre las ciudades: *La ciudad letrada* [...]

Nacido, pues, en un medio de inmigrantes, en 1926, y en un país de fuerte componente histórico-social democrático; tal vez sean estos índices los que nos permitan explicar su actitud fundadora y tesonera, actitud de pionero del intelecto, actuando en función de un principio rector de equidad y justicia, de libertad, en la dirección que le orienta esa cultura del Río de la Plata que él llamará más tarde sura-

tlántica, la dirección de una cultura de la modernidad latinoamericana. Esta actitud le impulsa a la lectura voraz tempranamente, a la actividad teatral, a toda acción intelectual, a primeros artículos de afiebrada escritura escolar, a primeros trabajos de traductor hasta sus lecturas obligatorias en los diez años de Jefe de Adquisiciones en la Biblioteca Nacional, a columnista de periódico, a estudios en la Facultad de Humanidades, a periodista cultural, a editor. Actividades todas que hacen de él un profesor de sí mismo, una especie de autodidacta de su período de formación superior que se va construyendo intelectualmente a través de una disciplina y una exigencia feroces. Ellas implican la participación en el medio, en la historia cultural, y a través de ésta en la social y política, intentando aprehender esa historia para elaborar en textos y entregarla nuevamente a través de artículos y publicaciones de revistas y periódicos, generando así una dinámica cultural rectora de orientaciones en su medio, y ya con su participación en el semanario *Marcha*, de la discusión latinoamericana.

Cuando llega a dirigir las páginas literarias del semanario, ya ha publicado ampliamente en el país, ha sido alumno de Bataillon y Braudel en París, mediante una beca del gobierno francés. En 1959 toma a cargo la dirección de la Sección Literaria de *Marcha* (luego de un año de codirección en 1950-51), que dejará en 1968, continuando su colaboración con la revista hasta su clausura. Posteriormente, en la segunda época de los *Cuadernos de Marcha*, editados desde México, continuará publicando en ella, ya en el exilio [...]

Nos interesa apuntar en estas escasas páginas que tratan de la tarea de uno de los mayores intelectuales de este siglo en la América Latina, el diseño de los grandes cauces de su desarrollo, apuntar los temas señeros, las preocupaciones básicas. Aunque algunas quedarán seguramente, de acuerdo con la expresión, "en el tintero" —que es hoy el equivalente de algún espacio de la memoria perdida del ordenador—, pensamos que el esfuerzo valdrá la pena en

los términos siempre válidos de intentar recoger nuestra herencia crítica.

En el marco de esas reflexiones sobre la cultura uruguaya, así como en aquellas del espacio más amplio de la cultura latinoamericana, es donde se puede ir observando la configuración de algunos conceptos que constituirán ejes de su *corpus teórico*.

La noción de cultura es tal vez lo primero que habría que anotar. Lejos de una visión restringida de cultura, como cultura de élites, la noción propia de sectores hegemónicos que asientan en ella una forma del ejercicio del poder, Rama afirma una noción amplia y democrática de cultura. Como ávido lector que es de las propuestas de la sociología cultural y la antropología en torno a la configuración del universo simbólico en su funcionamiento social, opone esa función ornamental que se le atribuye en la sociedad a una función fundamental, de articulación de ella:

La cultura no es el ornamento divertido de una sociedad, sino que es, en correcto sentido antropológico, la articulación interna de esa sociedad, su expresión válida, el conjunto de sus valores intelectuales y artísticos, sus modos y sus ideales de vida; y los escritores o los plásticos no son bufones de una sociedad sino sus intérpretes, sus subrepticios pedagogos, los realizadores de las líneas orientadoras de su progreso.

Establecida así la función de la cultura, el discurso literario no puede entenderse sin su necesaria inserción en los ámbitos más vastos, en los que adquiere su plena significación, en la sociedad de la que él es un signo.

Al formar parte del discurso social, el texto y la literatura como conjunto —más tarde hablará de "sistema"— forman parte de una construcción. La literatura se construye, y le parece la tarea más importante del momento para el Uruguay, en tanto creación estética que promueve el desarrollo histórico de un grupo humano:

No basta que haya obras literarias buenas y exitosas [anota] para que exista una literatura. Pa-

ra alcanzar tal denominación, las distintas obras literarias y los movimientos estéticos deben responder a una estructura interior armónica, con continuidad creadora, con afán de futuro, con vida real que responda a una necesidad de la sociedad en que funcionan.

La noción de literatura como sistema es la afirmación de un representante de la nueva crítica brasileña, Antonio Cândido, del que Ángel Rama daba cuenta en un artículo de 1960 con relación a un ciclo de conferencias que éste dicta en la Universidad uruguaya. Apunta, acerca de su libro *Formação da literatura brasileira*:

a lo largo de dos tomos (uno sobre el período neoclásico y otro sobre el período romántico) estudia la formación de un sistema literario propio en el Brasil, entendiendo por eso, más que el problema de la independencia de una literatura, que considera un problema superado, la articulación dinámica de un conjunto de autores y de un público consumidor real que actúan dentro del funcionamiento eficaz de la vida nacional, con un repertorio de temas y de planteamientos que aseguran la continuidad regular, en una palabra, la tradición verdadera de una literatura.

En diciembre del mismo año, en su artículo "La construcción de una literatura", el investigador uruguayo volverá sobre el tema, citando ampliamente el texto de Cândido, a propósito del quehacer crítico en el Uruguay. Allí se observa que ha integrado la conceptualización del crítico brasileño, y ella ha encontrado una cabal articulación en la organización de su pensamiento, comenzando ya a desarrollarse, con nervadura propia.

Este sistema literario —el uruguayo— evoluciona en términos periféricos —él utiliza la expresión "un medio marginal, subdesarrollado y discontinuo"—, y no puede entenderse sino a partir de una inserción en el contexto mayor, pero a partir de su tradición propia, de su herencia cultural y del medio en el que lleva adelante su proceso: no pueden aplicarse a éste los criterios peculiares de literaturas centrales y cerradas a él. Es necesario, por una parte, trabajar

con el sistema nacional inserto en distintos planos de una tradición de letras universales, así como americanas y de habla española; y, por otra parte, buscar en la tradición de la cultura nacional en su acepción antropológica, que puede enseñar más de lo que pudiera hacerlo un canon estético. Nuevamente la fundamental propuesta martiana de integrar el mundo a nuestras repúblicas pero en un tronco propio de ellas se constituye en eje de su construcción intelectual.

La confluencia del pensador brasileño con la del uruguayo tiene que ver con el carácter de los materiales que constituyen su objeto de análisis. Se trata de literaturas que son producto histórico de un sistema colonial. Cândido habla de la literatura del Brasil, Rama está hablando de la uruguaya. El rigor con el que el crítico brasileño establece una definición de literatura le hace a Rama traducir *in extenso* una parte de la "Introducción" de Cândido. Apuntamos su traducción, que nos parece un texto fundamental en la evolución del pensamiento del crítico uruguayo, además de ser un texto básico de teoría de la cultura, desconocido casi en el mundo hispánico. Literatura es, así,

un sistema de obras ligadas por denominadores comunes que permiten reconocer las notas dominantes de una determinada fase. Estos denominadores son, aparte de las características internas (lengua, temas, imágenes), ciertos elementos de naturaleza social y psíquica, literariamente organizados, que se manifiestan históricamente y hacen de la literatura un aspecto orgánico de la civilización. Entre ellos distingúense: la existencia de un conjunto de productores literarios más o menos conscientes de su papel; un conjunto de receptores formando los diferentes tipos de público sin los cuales la obra no vive; un mecanismo transmisor (en forma general, una lengua traducida a estilos) que liga a un tipo de comunicación interhumana, la literatura, que bajo este ángulo se nos presenta como un sistema simbólico por medio del cual las aspiraciones más profundas del individuo se transforman en elementos de contac-

to entre los hombres y en interpretaciones de las distintas esferas de la realidad.

Estas propuestas han ido definiendo un camino propio del quehacer crítico en el Continente, y ya a partir de entonces la opinión de Rama comienza a ser un planteamiento que, como en el caso de Cándido, establece los principios de una metodología de análisis de carácter continental, asentada en la herencia cultural y la producción discursiva de la América Latina, haciendo suyos los instrumentos que el estudio de otras literaturas han llevado a cabo y cuyos logros son de utilidad para este medio.

Parece importante en este sentido la presencia que tiene el discurso de Jean-Paul Sartre en el pensamiento progresista y en la nueva izquierda latinoamericana de esos años. La propuesta del compromiso sartreano tiene amplio eco en el militanismo intelectual en un momento de gran discusión ideológica, de definiciones frente a la Revolución Cubana y de redefiniciones en el campo marxista que, en franca lucha con el estalinismo y su herencia en los partidos comunistas y en la izquierda más tradicional, plantean la libre discusión, la participación en las decisiones, la reunificación de las bases y las dirigencias. Rama ha escrito un artículo, interesado por este proceso que piensa que puede producir un vuelco de las opciones progresistas a nivel internacional. Sartre representa para Rama una opción ideológica de crítica al modelo capitalista así como de apoyo a la postura anticolonial. Sartre significa también por esos años la crítica de compromiso social no signada por una opción partidaria, y más bien renuente a ello. El texto de Sartre que aparece de un modo u otro en sus escritos es el de *Situations II*, traducido al español con el nombre *Qué es la literatura*. De él se desprende toda la noción del compromiso que hará época en la historia intelectual a nivel internacional, y que se considerará por cada quien o por cada grupo con matices muy diferenciados, desde la opción de portavoz partidario hasta una postura de asunción de la realidad más amplia que corresponde a cada vida intelectual. Es a esta última postura a la que se aproxima Rama. Por eso es que apunta, frente a la

ofensiva cultural que en ese momento llevan adelante los Estados Unidos, "una cultura militante, en la gran tradición de la cultura universal y nacional", agregando:

Una cultura que no cree en la neutralización ni en ninguna posible neutralidad, que en cambio afirma la necesidad de recuperar con lucidez y coraje el contorno real en que el hombre está situado, y que cree en su acción positiva y transformadora, en todos los órdenes de la vida: social, moral, religiosa, artística. [...] una cultura militante es aquella que atiende a la verdad de nuestras vidas, nuestras ilusiones y nuestros desconsuelos, y habla de todo ello valerosamente, tira de la manta a los tapujos morales, enfrenta a los responsables, proclama nuestro derecho a la vida en su plenitud, no enajenada, y no rehúye todo lo que de misterioso e insondable, por ahora, puede tener la vida.

Pero es necesario observar con cuidado para evaluar esta postura en su justa medida, algo que él mismo se encarga de aclarar cuando trata problemas de la cultura soviética, a la que dedica una serie de ensayos en *Marcha* y también más tarde. Pone así en evidencia su preocupación permanente de intelectual de avanzada, temeroso y alerta de las simplificaciones políticas que llevaron al realismo socialista. Así, en "Babel en la tormenta revolucionaria" habla de un grupo de escritores a quienes les correspondió "defender el criterio [de] que el arte no está obligadamente comprometido con las formas políticas, sino con los procesos reales de la sociedad". En esta dirección, la reflexión sobre el papel del escritor que se encargará él mismo de especificar, más tarde, será más bien una reflexión voltairiana: "mejor cultivar el jardín que nos había tocado en suerte, con la mayor lucidez posible".

La postura del crítico uruguayo coincide así con orientaciones como la del Sartre de entonces en la dirección de una actitud política que le exige independencia de partidos. Afirma en el intelectual e inalienable derecho a la heterodoxia. Esta postura no dejará de crearle problemas dentro de los mismos sectores progresistas en un momento de fuer

tes definiciones partidarias en la América Latina, momento que dice relación con un importante ascenso de la lucha de masas. Es el momento de toda la discusión política que suscita el triunfo de la Revolución Cubana y el fuerte enfrentamiento que los Estados Unidos desencadenan en torno a su emergencia y a su impacto en el Continente. La postura de Ángel Rama es la de un intelectual crítico, con "derecho a la heterodoxia". Al recordar este momento, afirma en su oportunidad su oposición a:

[primero] deponer mi independencia crítica ante ninguna imposición partidaria que pudiera no compartir, renunciando por lo tanto a los beneficios y a los perjuicios del grupo o parroquia; segundo, porque el campo que elegí fue el de la cultura latinoamericana (y dentro de ella, más restrictamente, la literatura), y supe siempre que su radio era infinitamente más extenso y más importante que cualquier definición doctrinal, filosófica o política, del mismo modo que el radio de la nación supera holgadamente el de sus múltiples sectores o clases.

Frente a la Revolución Cubana adscribe en un comienzo un apoyo muy grande, y a través de la revista polemiza con los adversarios de ella y da cuenta pormenorizadamente de sus proyectos, sus logros, sus peligros. La Revolución Cubana aparece en esos momentos para los sectores progresistas como la concreción de una utopía en donde la reivindicación por un cambio fundamental de la sociedad en pos de la justicia, la libertad, el bienestar han encontrado un espacio geográfico. Por desgracia, ese espacio está demasiado cerca del monstruo del que Martí confesaba conocer las entrañas, pero la honra de David que había logrado asestar un duro golpe al gigante pondría simbólicamente freno para toda el área a las "botas de siete leguas" durante un tiempo prolongado. La defensa de la Revolución Cubana no podía sino significar un fuerte alegato antimperialista, más aún en momentos en que la ofensiva política de los Estados Unidos se encauza a través de la Alianza para el Progreso, de cuya reunión inicial, en Punta del Este, Rama da cuenta

detalladamente, como corresponsal del semanario. Esta misma actitud crítica y de independencia intelectual le llevará al alejamiento de la Revolución Cubana a partir de su política cultural, sobre la que publica la serie de artículos que incorporamos en parte en la sección antológica de *Marcha*. Esto sucede en 1971, fecha en que renuncia al Comité de colaboración de la revista *Casa*, en el momento de los grandes cuestionamientos y tomas de posición que supuso el llamado "caso Padilla", sobre el que sería necesario ocuparse con detención ahora que parecen lejanos los apasionamientos. Vuelve a publicar en la revista *Casa* en 1982. Lo que en todo caso pone en evidencia este episodio es la importancia que tiene en la opinión a nivel internacional la voz política del escritor, el crítico y el intelectual, en estos años, protagonismo que tiene que ver con la emergencia de la América Latina en el panorama de la cultura internacional en parte a partir de una consolidación puesta en evidencia por la novela. Son artículos en donde los análisis impecables están llevados a la página en un lenguaje que hoy percibimos como propio de ese instante. "Todo está escrito sobre el tiempo", afirma más tarde sobre ese período, "[...] pero hay cosas que son más afines al tiempo que otras". Es el lenguaje del momento, lenguaje de tensiones políticas y de fuertes enfrentamientos. No será éste el discurso definitivo de Rama, es el del período de *Marcha*, pero el aprendizaje surge de allí y su actitud crítica a todo aquello que en el país del Norte pesa permanentemente sobre el hemisferio sur tendrá más adelante un tono menos pasional, más recatado, pero no menos crítico ni menos riguroso en el análisis. Es el caso, por ejemplo, de su artículo sobre la arremetida neoconservadora en la enseñanza, en los Estados Unidos, llamado "Cacería de libros en USA". El magisterio martiano y la historia latinoamericana serán en él definitivos. También pesarán sin concesiones sobre su futuro: en la América Latina es difícil ser crítico y quedar impune.

* Cf. el trabajo de R.F.R. al final de esta sección. (N. de la R.)

Al situar más tarde la coherencia de este período de *Marcha*, apuntará a lo que parece su único basamento firme:

Una adhesión a las demandas espirituales y materiales de los desamparados pueblos hispanoamericanos que habían entrado a la escena histórica y que comenzaban a apropiarse de una tradición cultural robusta en la que se inscribían sus nuevas creaciones.

Estos años están marcados también por una gran dinámica de contactos personales y conocimiento directo de las realidades diversas que hacen la historia del Continente. Frecuentes viajes a Chile, en donde dicta cursos y conferencias, publica artículos, participa en reuniones de intelectuales. Da a conocer así en este país el campo vasto de la cultura continental, informando sobre sus orientaciones y sus problemas: un curioso artículo sobre Marta Traba pone en contacto al público chileno con la pugna que de lo cultural pasa al campo político y obliga a Marta, que dirige el Museo de Arte Contemporáneo de Bogotá, a salir de Colombia, y en la que se enfrenta con Germán Arciniegas. Marta es centro del interés periodístico en ese momento en el país, en los artículos que cubren el Congreso de Escritores, de los primeros y más publicitados del Continente. La cultura latinoamericana se sitúa en un rango de interés muy alto en ese momento en la región, y la tradición que tuvo históricamente Chile de valoración de la cultura se ponía en evidencia en estas manifestaciones. Es así como algunos escritores son invitados a un diálogo en el Parlamento: su presencia en el país es de interés nacional. Rama participa allí, desarrolla una reflexión sobre la actualidad de su país y las relaciones entre la dimensión de la política contingente y las formas del lenguaje. Se extiende sobre los mecanismos del discurso: el enmascaramiento de las verdades y los sistemas de represión, afirmando con la valentía que le es propia:

Es decir, que el fraude lingüístico es nada más que un modo de presentar este otro gran fraude que es el fraude de toda realidad nacional. En

este sentido, creo que al plantearnos los problemas de la cultura, debemos comenzar por plantearnos esta necesidad, este derecho, que es el derecho a hablar con claridad, y a poder hablar con claridad y decir las cosas. Mientras esto no sea posible, me parece que todo lo que viene después es casi inútil y tiempo perdido.

Concluye saludando a la democracia chilena que permite expresar la verdad necesaria [...]: “de otro modo, entraremos todos en una historia fantástica, aberrante y atroz”, en una frase premonitória de la historia que se abrirá en ese país y en el Cono sur del continente poco después.

Dialoga también en Chile con los estudiantes sobre la función del escritor en Latinoamérica, y, pedagogo como es, explica las posiciones más radicales respecto del compromiso, la relación del escritor con su clase, así como la capacidad de la gran obra cultural de perdurar en el tiempo “mucho más allá del límite dentro del cual fue creada” —Tolstoy mediante, Lenin *dixit*— en lección integral que desdeña toda ortodoxia.

Estas participaciones y publicaciones dan la idea de una actividad febril en un momento de espléndida floración de la cultura continental, en la que ésta emerge por una de sus aristas —la novela— al reconocimiento internacional en un proceso del que ella misma sale fortalecida. Sus participaciones en este tipo de eventos son múltiples: Puerto Rico, Cuba, México, Colombia, Perú, Venezuela, entre los países latinoamericanos, además de países europeos, en donde asiste a importantes encuentros como el de Génova. Allí se da el intento de organizar una Comunidad Latinoamericana de Escritores, incluyendo al Brasil, del que da cuenta en sus artículos del período.

Si esta etapa define las líneas básicas de lo que será su trayectoria intelectual posterior, el segundo momento de su discurso pone en evidencia preocupaciones de orden un tanto diferentes que tienen que ver con la ruptura troncal de los desarrollos democráticos del Cono sur, y la etapa de militarización en la que ha ingresado el Continente, así como con

su nueva y definitiva situación de enunciación: la del intelectual exiliado.

A partir de 1972 ya no vuelve al Uruguay: dicta cursos en Puerto Rico, viaja a México y se instala finalmente en Venezuela, en Caracas, en donde dicta cursos en la Universidad Central. Sus posiciones como intelectual ya le crean problemas en este período. En Colombia tiene en un momento entredichos con la oficina de inmigración para entrar al país, lo que provoca una gran protesta de intelectuales. En Puerto Rico no se le renueva el contrato. La posibilidad de expresar la verdad que había reivindicado ante el Parlamento chileno es, en realidad, una posibilidad cada vez más restringida, y él ha situado sus opiniones en la línea de los independentistas puertorriqueños. Los planteamientos de Rama, que molestan a sectores de la izquierda por su permanente actitud de independencia crítica, lo han ubicado también como una voz peligrosa para algunos gobiernos de derecha, así como su inmovible alegato latinoamericano va acumulando informes que posteriormente aparecerán evaluados, de acuerdo con otros órdenes, en el Servicio de Inmigración de los Estados Unidos.

En este período su actividad de profesor universitario, de conferencista y panelista en eventos nacionales venezolanos e internacionales son el asiento de una trayectoria consolidada. Se trata de un pensamiento que enfrenta los problemas nuevos que le dicta la realidad cultural e histórica con un acervo intelectual y teórico de proyecciones que lo sitúan ya en un lugar de figura señera en las propuestas modernizadoras de la crítica latinoamericana.

En este acervo se podrían diseñar [...] tres líneas de fuerza [...]: un conocimiento vasto y minucioso de la producción literaria continental que incluye al Brasil, dentro de la cual una lectura sagaz de los pensadores de la cultura: Martí, Alfonso Reyes, Silvio Romero, Mariátegui, Pedro Henríquez Ureña, Martínez Estrada, entre otros; una formación amplia de la literatura europea y norteamericana, que incluye las discusiones intelectuales de los años 50 y 60, así como una formación ingente de carácter so-

cioantropológico que da amplias reverberaciones a sus fundamentales lecturas de Marx. La ciencia social latinoamericana había dado en la década anterior un salto cualitativo, y sus análisis enriquecían la formación permanentemente actual que Rama se exigía a sí mismo. En ésta nos parece que las consideraciones del carácter periférico de nuestra situación de enunciación es fundamental, así como los aportes de la antropología en la obra de un Darcy Ribeyro, o de un Lévi-Strauss. Son éstos instrumentos de base, como él mismo apunta, para el enorme avance de las perspectivas que ha tenido la crítica cultural en el Continente desde un Carpistrano de Abreu o un Henríquez Ureña hasta los años setenta. Él está desarrollando allí –y llevando el magisterio, junto con Antonio Cândido en el Brasil– la gran modernización crítica que se lleva a cabo en el Continente en ese momento y que dará aliento renovador a los instrumentos y las categorías con que se realiza el análisis de los materiales de la cultura.

Todas estas líneas se irán enriqueciendo en este período en que nuevos nombres del pensamiento social van construyendo el espesor de su reflexión: Tylor, Boas, Sapir, Herskovits, Bastide, Fernando Ortiz, Ricardo Pozas, Gilberto Freire, Price-Mars entre tantos otros. Surgen también otras líneas de reflexión que no tienen mayor desarrollo: respecto de la universidad, respecto de la ciencia y la tecnología, que dicen relación con la proyección comprensiva de un pensamiento cuya coherencia apunta a absorber la realidad en dimensión totalizante.

Este carácter, relativo a la forma como opera su reflexión ya en este momento, es una proyección también del ejercicio crítico y comprensivo de *Marx*, en donde los materiales trabajados: la literatura argentina, la chilena, la cubana, la crítica, se prodigaban en exposiciones orgánicas que intentaban entregar al público no sólo la información sino también una manera de comprender la realidad. Esta forma de su reflexión dará un sello distintivo a su discurso, que, en el intento de aprovechar conceptualmente el funcionamiento de la literatura en el entramado del mundo simbólico que genera la

sociedad y su constitución plural, se sitúa en la tensión permanente de la lectura puntual y el panorama, pero también entre la de la recapitulación histórica y la urgente información actual. Este es el movimiento de su discurso, pero había que dar no sólo la dimensión de su lucidez sino también la de sus modulaciones, en donde se proyecta una necesidad casi voluptuosa de abarcar (y de apropiarse de) la realidad con la pasión que le es propia y de la que un breve ensayo perceptivo sobre su escritura ha observado:

Su acercamiento técnico a la realidad no es tanto el del profesional objetivo, que permanece supuestamente distante, como el del enamorado que recorre imperturbable los diferentes cuerpos amados. Con esto se nos muestra, por añadidura, otra de las facetas del *modus operandi* intelectual de Rama: su indisimulado y contundente apasionamiento.

En este período sistematiza ya y da forma definitiva a sus trabajos sobre la novela latinoamericana. Había abierto este capítulo de su escritura en el período anterior. Desde 1964 a 1981, ha hecho el seguimiento de la novela. Ha abierto las páginas de *Marcha* a los que serán los grandes narradores del período: Cortázar, García Márquez, Vargas Llosa, del que apunta:

Si dentro de la literatura peruana la novela de Vargas Llosa es un hito original, también alcanza en la más alta comarca de la narrativa de la lengua española un alto lugar, que es inusual en una primera novela. Ocurre que esta novela del nacimiento del hombre, ha parido un gran novelista.

Habrá publicado asimismo un ensayo clásico y señero de los comienzos de la narrativa nueva latinoamericana: "Diez problemas para el novelista latinoamericano", especie de síntesis del momento cultural —y los problemas, como bien señala el título— que debe enfrentar el escritor en 1964, en un momento crítico de la coyuntura histórica de la América Latina. No es un azar que ese artículo se publique en *Casa de las Américas* en un momento en que los cambios parecen inminentes y se está

desplegando el instrumental intelectual que permita interpretar y entrar en el futuro de transformaciones.

Este trabajo sobre la narrativa, que ocupa buena parte de su actividad como crítico, no le hace olvidar sin embargo la existencia de otros géneros que no sólo han llegado a tener un desarrollo sino que además han constituido la voz del Continente. Así sucede con la poesía y el ensayo. Por eso vuelve luego sobre esta idea, criticándose de no haber prestado mayor atención al teatro —la vida intelectual necesitaría varias centenas de años— y a la poesía, de la que afirma ser "el arte más alto que nos haya sido concedido, y no hay experiencia estética comparable a la que ella proporciona". Es ella, dice, en una expresión ya lírica, la que le ha permitido resistir. A pesar de dedicar cientos de páginas a la novela, y de llevar a cabo en su análisis un estudio pormenorizado de sus autores, su organicidad, sus mecanismos, sus tendencias, está siempre recordando la existencia de los demás géneros, apuntando al fenómeno que parece obnubilar a la observación cauta, que este despliegue de la narrativa, proyectado al terreno internacional en ese momento, no es sino en el marco de una sociedad que busca su expresión en la pluralidad de sus formas de existencia:

La novela [dice] es el género vulgar de la época, el que enciende el imaginario de los más, aquel en que ha venido a cifrarse el honor triunfante del continente, olvidando que sus virtudes mayores están en su poesía y en su ensayística, los viejos géneros reales. [...]

Este análisis comprensivo del fenómeno narrativo que hace eclosión en los años 60 en la América Latina y que él va siguiendo paso a paso con la cautela que señalamos frente a los desbordes de la crítica, se expresa también en la evaluación sostenida. En la polémica con Vargas Llosa —otra de sus actuaciones de gran polemista—, abarca por lo menos tres grandes unidades temáticas. La primera es la relativa a los narradores del llamado "boom". La segunda tiene que ver con las relaciones entre literatura e historia, y toca al universo simbólico de la

dictadura como formulación de arquetipos en el Continente. La tercera dice relación con los narradores de la transculturación en donde se aproxima a un mecanismo de constitución del discurso que le llevará también a observaciones relativas a la poesía gauchesca en el Río de la Plata.

El análisis de los narradores de la nueva narrativa continental es pormenorizado y permanente: hasta en sus últimos escritos éste sostendrá el interés por la obra de Vargas Llosa, de García Márquez. A este último, con un deslumbrante análisis de la *Crónica de una muerte anunciada* a partir de las estructuras literarias de la tragedia y la novela policial; al primero, en una positiva valoración de *La guerra del fin del mundo*, en donde el andamiaje técnico del peruano no podía sino maravillar a quien estaba convencido de la necesidad y la ineluctabilidad del proceso modernizador del lenguaje de la América Latina. Estos análisis se llevan a cabo entre tantos otros dedicados a la literatura puertorriqueña, su preocupación permanente, seguramente por esa "cortina del silencio sobre Puerto Rico" de la que hablaría alguna vez. Admira allí el surgimiento de la palabra que resiste empecinadamente la imposición cultural, y que ha dado muestras de su fortaleza, fenómeno que observamos en la obra de un Luis Rafael Sánchez o en la de Ana Lydia Vega hoy, por ejemplo.

También dedica parte importante de su atención a la narrativa venezolana, en especial a Salvador Garmendia, en quien observa fenómenos similares a los de narradores europeos clásicos, "por impregnación similar de atmósferas" más que por lectura directa, al mismo tiempo que lee en él

una memoria ancestral, que más que la suya individual, incluyendo la tan indiscernible de la infancia olvidada o la de su familia o linaje, es la memoria de la especie. Y aun antes de que ella existiera, o sea, antes de que la especie se hubiera conformado en sus individuos, la memoria de la materia viva que alimenta a la especie.

La atención a la obra de Garmendia se extiende por una década y se publica en volumen en 1975. Rama

ve en aquél "una de las inventivas innovadoras" que se han ido produciendo en la América Latina, y le augura una obra importante, considerándola *work in progress*. Su actitud, tal como vemos, no es sólo la del crítico que evalúa, implacable, sino la del estudioso que produce un discurso generador de otras lecturas de la materia literaria en observación al producir conocimiento sobre ella, que abre un espacio nuevo a partir del discurso que lee. Además de esto no sólo evalúa, también proyecta, estimula, al mirar el presente lo contextualiza permanentemente en el pasado, mira el ámbito mayor de la lengua y de la otras culturas, y esta observación le permite avizorar el futuro, hacer prospecciones, y estimular por tanto los discursos en los que observa solidez en evolución. Es la tarea cabal de un crítico responsable. Esta forma de asumir el oficio crítico es la que más tarde le hace afirmar:

Ocurre que si la crítica no construye obras, si construye la literatura, entendida como un *corpus* orgánico en que se expresa una cultura, una nación, el pueblo de un continente, pues la misma América Latina sigue siendo un proyecto intelectual vanguardista que espera su realización concreta. [...]

En estos análisis es notable que él está integrando muy tempranamente a la literatura brasileña, interés que se muestra prácticamente inexistente en el resto de la crítica continental, salvo en algunos casos muy señalados como por ejemplo el del también uruguayo Emir Rodríguez Monegal. La integración de los escritores brasileños en la noción de literatura latinoamericana es muy tardía —el magisterio lo pauta Henríquez Ureña— y podría decirse que comienza a ser un proceso real recién en nuestros días. [...]

En la reflexión sobre la novela en este período existe un núcleo temático que Rama observa con detención: el de la narrativa de la dictadura. Los textos que produce —clásicos hoy en relación con el tema— conducen a una óptica enriquecedora de la perspectiva literaria. En efecto, lejos del análisis contentidista a que el primer impulso parece conducir, el

crítico desmenuza los mecanismos textuales que producen la estética magnificencia de las obras de Carpentier, García Márquez o Roa Bastos, remitiéndolos a su memoria estética —*El Gran Burundún Burundá ha muerto* de Jorge Zalamea, Valle Inclán—, insertándolas en los procesos históricos de donde surgen, pero poniendo en evidencia sobre todo las instancias de la simbolización y los procedimientos en juego. [...]

Otro tema de reflexión de este período, ligado necesariamente al de la dictadura en su dimensión histórica, es el tema del exilio. El exilio enmarca gran parte de la escritura del período, pero en el caso de Rama constituye su propia condición. En esta edición incluimos dos textos, clásicos ya, referidos a este tema que ocupó buena parte de la discusión de la crítica durante los años 60. En éstos, exilio y migraciones se emparentan históricamente, y en la actualidad en tanto “agobiadora práctica” de “vastísimo alcance que no puede ponerse exclusivamente a la cuenta de razones económicas sino que también tiene que ver con la opresión política y la rigidez de las estructuras sociales”.

Rama habla aquí, decíamos, desde una particular situación de enunciación. Ésta va más allá del exilio: él es también un hombre del Río de la Plata, el espacio geográfico privilegiado de las migraciones europeas de la primera mitad del siglo en América. Es él mismo un hijo de la inmigración en el Uruguay. Esta situación le hará reflexionar más tarde: “Los árboles viejos, cuando somos desarraigados, nos llevamos la tierra con las raíces. Los nuevos salen con las raíces peladas”. La preocupación sobre la juventud del Continente, el destino del intelectual exiliado con los públicos potenciales que reorganizan su discurso, los procesos culturales que producen estos desplazamientos, son preocupaciones que surgen en este momento y se prolongan hasta el final de su vida. En la publicación de un texto póstumo, *Las máscaras democráticas del modernismo*, los jóvenes críticos y editores rioplatenses se verán gratamente sorprendidos por la dedicatoria.

En estos textos como en este período que ya se enmarca en la última etapa de la vida de Rama, surgen de su reflexión conceptualizaciones que constituirán un aporte de mucha importancia al desarrollo de los estudios de la cultura latinoamericana hoy. Tal es el concepto de “transculturación”, que, recuperado de la obra de Fernando Ortiz, aparece en la reflexión de Rama como un mecanismo explicativo del funcionamiento de la cultura del Continente, que él expone en relación a narradores como Arguedas y que había adelantado en sus trabajos sobre la gauchesca. Allí confluye toda su perspectiva de crítica cultural, tal cual se había consolidado en sus textos teóricos. *Transculturación narrativa en América Latina*, de 1982, se vuelve, como apunta con razón Sosnowski, “uno de sus logros capitales por las sugerentes ramificaciones de sus propuestas y por la construcción de un *aleph* que nuclea nociones centrales de su pensamiento crítico”.

La importancia de esta conceptualización tiene que ver, además de con el deslinde de las fases del discurso cultural, con la propuesta de una imagen de la modernidad latinoamericana, problema que le ocupa permanentemente, como hombre que es del Río de la Plata, el área con vocación modernizante de la región. No se puede negarla, es su conclusión, pero tampoco se puede renunciar a sí mismo para aceptarla.

La preocupación por la América Latina en este último período se consolida en proyectos institucionales: la *Biblioteca Ayacucho*, que crea y dirige; su participación en la reflexión historiográfica común de lo que serían más tarde los tres volúmenes de *América Latina: palabra, literatura y cultura*. Ellos, como su trabajo en general, constituyen la concreción de su certeza de que “los latinoamericanos sólo podemos existir con una viva conciencia utópica”. Esta actitud, con todo lo que significa como impulso y fuerza para la creación, define su vida, ya que como lo ha señalado Jacques Leenhardt, “Rama jamás pensó ni trabajó como no fuera en la perspectiva de la Utopía de América”. [...]